

da, de contornos muy acusados, presentaba, por la disposición de sus arrugas, por el conjunto de la fisonomía, el tipo del astuto campesino. Lo fornido de su cuerpo, sus anchas espaldas y sus pies grandes, todo denotaba desde luego á un lugareño transplantado en París. Sus manos velludas, las gruesas falanges de sus dedos arrugados, las uñas cuadradas, hubiesen atestiguado su origen, si no conservara señales en toda su persona. Sonreía con esa sonrisa de benevolencia propia de los comerciantes cuando reciben á un cliente; pero esa sonrisa comercial era el reflejo de su satisfacción interior, la imagen de su alma dulzona. Su desconfianza se limitaba á los negocios; su astucia le abandonaba en cuanto salía de la Bolsa ó en cuanto cerraba su libro mayor. La desconfianza era para él lo que eran sus facturas impresas: una necesidad impuesta por el negocio. Su rostro mostraba una especie de satisfacción cómica, de fatuidad mezclada con hombría de bien que le daban cierto carácter propio, diferenciándole de un parecido demasiado completo con la vulgar figura del burgués parisién. Sin este aire de ingenua admiración y de confianza en su persona, hubiese inspirado mucho respeto; se acercaba de esta suerte á los hombres, contribuyendo con la parte de ridículo que le correspondía. Habitualmente, mientras hablaba, cruzaba las manos atrás. Cuando creía haber dicho alguna galantería ó alguna agudeza, se empinaba sobre la punta de los pies y volvía á caer sobre sus talones pesadamente como si quisiese apoyar su frase. En el aca-

loramiento de una discusión, se le veía alguna veces volverse bruscamente, dar algunos pasos como si buscara objeciones y acercarse á su adversario con un movimiento brusco. No interrumpía jamás á nadie, y era víctima, con frecuencia, del exacto cumplimiento de las conveniencias, porque los otros le interrumpían, y el buen hombre se marchaba sin haber podido manifestar su pensamiento. Una gran experiencia en los asuntos comerciales le había creado costumbres calificadas de manías por algunas personas. Si le devolvían alguna letra de cambio, la enviaba al procurador, y no se ocupaba más de aquel asunto hasta recibir el capital, los intereses y las costas; el procurador debía proceder hasta cobrar ó hasta conseguir, si era preciso, que el comerciante quebrara; César desistía entonces de todo procedimiento, no concurría á ninguna junta de acreedores y guardaba sus documentos. Este sistema y su implacable desprecio hacia los quebrados lo aprendió del señor Ragon, quien en el curso de su vida comercial había comprendido que, todo el tiempo que hacen perder los negocios litigiosos, vale más que el ruin é incierto dividendo estipulado por los convenios, y se puede emplear en cosas de mayor provecho, sin ir y venir, dando mil pasos, en busca de pruebas que acrediten la mala fe del deudor.

— Si el quebrado es buena persona y se rehace, os pagará, decía el señor Ragon. Si queda sin recursos y es verdaderamente desgraciado, ¿á qué atormentarle? Si es un bribón, no conseguiréis ja-

más nada. Vuestra severidad os da fama por intratable, y como no es posible transigir con vos mientras se puede pagar, os pagan antes que á nadie.

César acudía á una cita á la hora fijada; pero habiendo aguardado diez minutos, se marchaba con una inflexibilidad que nadie podía doblegar; así, su puntualidad hacía puntuales á las gentes que trataban con él. El traje que él había adoptado concordaba con sus costumbres y con su fisonomía. Nadie le hubiera hecho renunciar á las corbatas de muselina blanca, cuyas puntas bordadas por su mujer ó su hija le caían á los lados del cuello. Su chaleco de piqué blanco, abrochado correctamente, era bastante largo para cubrir su abultado vientre. Llevaba pantalón azul, medias de seda negra y zapatos con cintas, cuyos nudos se deshacían frecuentemente. Su redingote verde aceituna, muy largo siempre, y su sombrero de anchas alas, le daban el aspecto de un cuáker. Cuando se vestía para las reuniones del domingo, se ponía un calzón de seda, zapatos con hebillas doradas y su imprescindible chaleco entreabierto para mostrar la chorrera rizada. Su frac de paño color castaña era de anchos y largos faldones. Conservó hasta 1819 dos cadenas de reloj que caían paralelamente, pero no se ponía la segunda sino cuando se vestía de gala. Tal era César Birotteau, hombre digno, á quien los misterios que presiden al nacimiento de las criaturas no concedieron la facultad de adquirir juicios generales acerca de la política y de la vida, ni la de elevarse por encima del nivel social en que vive la

clase media, que sigue en todas las cosas rutinarios errores; todas sus opiniones le habían sido sugeridas y las aplicaba sin examinarlas. Corto de alcances, pero bueno, poco espiritual, pero profundamente religioso, tenía un corazón puro. En este corazón brillaba un solo amor, la luz y la fuerza de su vida; porque su deseo de prosperar, las escasas relaciones que había adquirido, todo provenía de su cariño hacia su mujer y hacia su hija.

En cuanto á la esposa de César, entonces de treinta y siete años de edad, se asemejaba tanto á la Venus de Milo, que todos los que la conocía vieron su retrato en esa hermosa estatua cuando el duque de Rivière la envió. En pocos meses, las penas extendieron con tal rapidez sus huellas amarillas sobre su deslumbradora blancura, hundiendo y ennegreciendo con tal crueldad el círculo azulado en que se movían sus bellos ojos verdes, que adquirió el aspecto de una vieja *madonna*, porque siempre conservó, en medio de su decadencia, un dulce candor, una mirada pura, aunque triste, y era imposible no encontrarla siempre bella, de aspecto prudente y decoroso. En el baile premeditado por César debía gozar aún del último destello de su belleza, lo que fué advertido y tomado en consideración.

Toda existencia tiene su apogeo, una época durante la cual las causas obran y están en relación perpetua con los resultados. Este centro de la vida, en el cual las energías se equilibran y manifiestan en todo su esplendor, es común no solamente á los seres organizados, sino también á las ciudades, á

las naciones, á las ideas, á las instituciones, á los comercios, á las empresas, que, á semejanza de las razas nobles y de las dinastías, nacen, se elevan y caen. ¿De dónde procede el rigor con que se aplica este orden de crecimiento y de decrecimiento á todo lo que se organiza aquí abajo? Porque la muerte tiene también, en los períodos marcados, progreso, disminución, recrudescimiento y letargo. Nuestro globo mismo, acaso, no es otra cosa que un fenómeno algo más duradero que los otros. La historia, divulgando las causas de prosperidad y decadencia de todo lo que ha existido en este mundo, podría indicar al hombre el momento en que debiera detener el ejercicio de todas sus facultades; pero ni los conquistadores, ni los actores, ni las mujeres, ni los autores, escuchan su advertencia saludable. César Birotteau, que debía considerarse ya en el apogeo de su fortuna, tomó aquel punto de reposo como un nuevo punto de partida. Desconocía, y jamás los reyes ni las naciones la grabaron con imborrables caracteres, la causa de tantas ruínas que llenan las historias, de que tantas dinastías y tantas empresas comerciales ofrecen grandiosos ejemplos. ¿Por qué nuevas pirámides no perpetuarán incesantemente este principio que debe presidir á la política de las naciones lo mismo que á la de los particulares: *Cuando el efecto producido no está en relación directa ni en proporción igual con su causa, la desorganización comienza?* Pero estos monumentos existen por todas partes, son las tradiciones y las piedras que nos hablan del

pasado, que recuerdan los caprichos del indomable destino, cuya mano borra nuestros sueños y nos prueba que los más grandes acontecimientos se resumen en una idea. Troya y Napoleón no son más que poemas. Ojalá llegue á ser esta historia el poema de las vicisitudes burguesas que ninguna voz ha cantado, considerándolas desprovistas de grandeza cuando son, por su misma humildad, grandiosas; no se trata de un hombre solo, sino de los dolores de todo un pueblo que sufre como él.

Al dormirse, César temió que al día siguiente su mujer le hiciese algunas observaciones perentorias, y decidió levantarse muy temprano para resolverlo todo. Muy de mañana, saliendo silenciosamente, dejando á su mujer en la cama, se vistió de prisa y bajó al almacén en el momento en que el muchacho quitaba los tableros del escaparate. Birotteau, viéndose solo, esperó que sus dependientes bajaran, y se puso delante de la puerta observando cómo el mozo llamado Raguet, desempeñaba su trabajo; ¡y Birotteau conocía perfectamente aquel trabajo! A pesar del frío, el tiempo estaba hermoso.

— Popinot, ponte las botas y el sombrero, y di á Celestino que baje. Tú irás conmigo á las Tullerías; tenemos que hablar, dijo viendo á Anselmo.

Popinot, era todo lo contrario de Tillet, y una de esas casualidades que hacen creer en una providencia lo había colocado cerca de César; este personaje desempeña un papel tan importante en esta historia, que es nesario describirlo aquí. La señora Ragon era hija de un Popinot. Tenía dos hermanos.

El menor se hallaba de juez suplente del juzgado de primera instancia del Sena. El mayor se había dedicado al comercio de lanas en bruto, consumiendo su fortuna, y murió dejando á cargo de los Ragon y de su hermano el juez, que no tenía familia, á su hijo único cuya madre había muerto de parto. Para procurar una manera de vivir á su sobrino, la señora Ragon le había colocado en la perfumería, con la esperanza de que fuera el sucesor de Birotteau. Anselmo Popinot era bajo y cojo, defecto físico que la casualidad ha dado á lord Byron, á Walter Scott, á Talleyrand, para no desanimar á los que lo padecen. Tenía el cutis brillante y lleno de pecas que distingue á las personas de cabellos rojos; pero su frente pura, sus ojos de color de ágata gris vetada, su pequeña boca, su blancura y la sencillez de una juventud pudorosa, la timidez que le inspiraba su defectuosa conformación, despertaban en su favor sentimientos protectores: los débiles se hacen estimables; interesan. El joven Popinot, como le llamaba todo el mundo, tenía una familia esencialmente religiosa, que practicaba las virtudes, cuya vida era modesta y no escasa en buenas acciones. Por eso el niño, educado por su tío el juez, reunía las cualidades que hacen á la juventud agradable; prudente y afectuoso, un poco vergonzoso, pero lleno de ardor, humilde como un cordero, mas animoso para el trabajo, desinteresado, sobrio, estaba dotado de todas las virtudes de un cristiano de los primeros tiempos de la Iglesia. Al oír hablar de un paseo por las Tullerías, la proposición más

extraña que podía hacerle á tales horas su respetable principal, Popinot creyó que trataría de casarle; el dependiente pensó de pronto en Cesarina, la verdadera *reina de las rosas*, la muestra viviente de la casa, y de la cual se había enamorado desde que, dos meses antes que de Tillet, entró en casa de Birotteau. Subiendo la escalera, tuvo que pararse; su corazón palpitaba, sus arterias latían con demasiada violencia; bajó pronto, seguido de Celestino, el primer dependiente de Birotteau. Anselmo y su principal andaban camino de las Tullerías sin decir una palabra. Popinot tenía entonces veintiún años. Birotteau se había casado á esa edad. Anselmo no vería, pues, ningún inconveniente á su matrimonio con Cesarina, aunque la fortuna del perfumista y la belleza de su hija fuesen inmensos obstáculos para el éxito de sus deseos ambiciosos; pero el amor obra á impulsos de la esperanza, y cuanto más insensato es, más fe se tiene; de igual modo, cuanto más lejos está el ser querido, son más ardientes los deseos. ¡Feliz muchacho; en un tiempo que todo lo nivela, en que todos los sombreros se parecen, consigue establecer diferencias entre la hija de un perfumista y él, descendiente de una antigua familia parisiense! Á pesar de sus dudas, de sus inquietudes, era feliz; ¡todos los días, se sentaba á la mesa junto á Cesarina!

Además, consagrándose á los asuntos de la casa, desplegaba en ellos un celo, un ardor, que despojaba al trabajo de toda amargura; haciéndolo todo por Cesarina no se había sentido fatigado jamás. En un

hombre de veinte años, el amor está lleno de abnegación.

— Será un comerciante, prosperará, decía César hablando de él á la señora Ragon, ponderando la actividad de Anselmo en los trabajos de la fábrica, alabando su actitud para comprender los primores del arte, recordando sus múltiples ocupaciones y sus afanes cuando, con las mangas de la camisa reman-gadas y los brazos desnudos, el cojo preparaba los envíos y hacía embalajes clavando él solo más cajas que los otros dependientes.

Los propósitos conocidos y declarados de Alejandro Crottat, primer pasante de Roguin, la fortuna del padre de Alejandro, rico labrador de la Brie, eran obstáculos grandes para el triunfo del huér-fano; pero estas dificultades no eran, sin embargo, las más difíciles de vencer: Popinot guardaba en el fondo de su alma tristes secretos que le separaban más y más de Cesarina. La fortuna de los Ragon, con la que hubiera podido contar, estaba comprometida; el huér-fano tenía la satisfacción de ayu-darlos á vivir dándoles su pequeño jornal. Sin em-bargo, confiaba. Había sorprendido varias veces algunas miradas que le dirigía Cesarina con apa-rente orgullo; en el fondo de sus azulados ojos se había atrevido á leer un secreto pensamiento lleno de acariciadoras ilusiones. Iba, pues, preocupado por la esperanza del momento, temblón, silencioso, conmovido, como podrían estarlo en semejante caso los jóvenes que desconocen aún la vida.

— Popinot, le dijo el comerciante, ¿está bien tu tía?

— Sí, señor.

— Sin embargo, me parece inquieta desde algún tiempo. ¿Tendrá alguna preocupación dolorosa? Escúchame. No hay por qué guardar secretos conmigo, soy casi de la familia, hace veinticinco años que conozco á tu tío Ragon. Entré en su casa con zapatos claveteados, recién venido de mi pueblo. Aunque salía de las Tesorerías, toda mi fortuna consistía en un luis de oro que me dió mi madrina, la difunta marquesa de Uxelles, parienta de los señores duques de Lenoncourt, que son parroquianos nuestros. He ro-gado por su alma todos los domingos; envío á Tu-rena, á su sobrina, la señora de Mortsau, cuantos perfumes usa. Me recomienda siempre parroquia-nos, como por ejemplo el señor de Vandenesse, que consume por valor de mil doscientos francos al año. Si no fuésemos agradecidos por buen corazón, de-bíamos serlo por cálculo; pero yo quiero tu bien, no por otra cosa, por ti.

— ¡Ah! señor, siempre tuvisteis, si me permitís decíroslo, muy buenos pensamientos.

— No, muchacho, no, esto no basta. Yo no digo que mis ideas no valgan tanto como las de otro, pero tuve, ante todo, honradez, tenacidad, ¡caramba! tuve continencia; no he querido nunca más que á mi mujer. El amor es un gran *vehículo*, palabra feliz que ha empleado ayer el señor de Villèle en la tribuna.

— ¡El amor! dijo Popinot. ¡Oh señor! ¿Es que...?

— Mira, mira al señor Roguin que viene á pie

por la plaza de Luis XV, á las ocho. ¿Qué hará ese pobre hombre allí? dijo César olvidándose de Anselmo Popinot y del aceite de avellanas.

Las sospechas de su mujer asaltaron su memoria, y, en vez de entrar en el jardín de las Tullerías, Birotteau se adelantó hacia el notario para salirle al encuentro. Anselmo siguió á su principal desde lejos, sin poderse explicar el súbito interés que tomaba por cosa tan poco importante en apariencia, pero sintiéndose dichoso con los ánimos que le daban las palabras de César hablándole de sus zapatos claveteados, de su oro y de su amor.

Roguín, hombre alto, grueso, con la cara llena de granos, la frente ancha y el pelo negro, no careció, en su juventud, de atractivos: había sido audaz y brioso; de pasante había llegado á ser notario; pero, en aquel momento, su cara ofrecía, á los ojos de un hábil observador, el decaimiento, las fatigas de los placeres abusivos. Cuando un hombre se enfanga en los excesos, es difícil que no asomen á su rostro señales de su degradación; así pues, los caminos de las arrugas y el color de la tez carecían en Roguín de nobleza. En lugar de la transparencia pura que brilla en la cara de los hombres sobrios y les conserva la frescura de la salud, se entreveía en él la impureza de una sangre viciada por los esfuerzos contra los cuales se rebela el cuerpo. Tenía la nariz innoblemente remangada, como la de las gentes en las cuales los humores, tomando el camino de este órgano, producen una enfermedad secreta, que una virtuosa reina de Francia creía

inocentemente común á la especie humana, no habiéndose aproximado á otro hombre que al rey lo bastante para reconocer su error. Tomando mucho rapé de España, Roguín había creído disimular sus molestias, y no hizo, en realidad, más que aumentar los inconvenientes que fueron la causa principal de sus desdichas.

¿No es una lisonja social demasiado prolongada, considerar á los hombres bajo falsas apariencias, y no revelar algunos de los verdaderos motivos de sus vicisitudes, tan frecuentemente producidas por una enfermedad? El mal físico, considerado en sus estragos morales, examinado en sus influencias sobre el mecanismo de la vida, ha estado, tal vez hasta hoy, muy desatendido por los historiadores de costumbres. La señora Birotteau había adivinado perfectamente el secreto de aquel matrimonio.

Desde la primera noche de novios, la encantadora hija única del banquero Chevrel había sentido por el pobre notario una invencible antipatía, y quiso inmediatamente pedir el divorcio. Muy satisfecho de tener una esposa con quinientos mil francos, sin contar con los que podrían venir además, Roguín suplicó á su mujer que no intentase el divorcio, prometiendo dejarla libre y sometiéndose á todas las consecuencias de semejante pacto. La señora Roguín, libre y soberbia, se conducía con su marido como una cortesana con un antiguo amante. Roguín juzgó luego á su mujer demasiado costosa, y, como muchos maridos en situación parecida, buscó los gozaces del hogar en otra parte, y tuvo una segunda

casa. Al principio, contenido en prudentes límites, ese gasto no era muy grande.

Roguin encontró, sin grandes dispendios, grisetitas que se creyeron dichosas con su protección; pero en los tres últimos años le había dominado una de esas indomables pasiones que se apoderan de los hombres entre cincuenta y sesenta años, inspirada por una de las más deliciosas criaturas de su tiempo, conocida en los fastos de la prostitución con el sobrenombre de la Bella Holandesa, que había sido llevada en otro tiempo de Brujas á París por uno de los clientes de Roguin, el cual, obligado á huir á consecuencia de los sucesos políticos, se la presentó en 1815. El notario había comprado para su querida una casita en los Campos Elíseos, amueblándola ricamente, y se había dejado arrastrar á satisfacer los costosos caprichos de aquella mujer, cuyas exigencias absorbieron su fortuna.

La sombría expresión impresa en el rostro de Roguin, y que se disipó al ver á su cliente, obedecía á dos acontecimientos misteriosos, que explicaban el secreto de la fortuna tan rápidamente conseguida por de Tillet. El plan formado por éste cambió desde el primer domingo en que pudo observar en casa de su principal la situación respectiva de los señores Roguin. Había ido á la perfumería, no tanto para seducir á la mujer de César, como para conquistar la mano de Cesarina, que pediría en recompensa de una pasión ahogada, y tuvo menos pena renunciando á este matrimonio cuanto que, habiendo creído á César poderoso, le hallaba pobre. Espió al

notario, se insinuó en su confianza, se hizo presentar en casa de la bella Holandesa, estudió el estado de relaciones de ésta con Roguin, supo que amenazaba á su amante con despedirle si regateaba su lujo. La bella holandesa era de esas mujeres locas que no se preocupan jamás de dónde viene el dinero, ni cómo se adquiere, y quedarían una fiesta sufragada por un parricida. No pensaba nunca en el mañana. Para ella el porvenir era la hora de sobremesa, y el fin de mes la eternidad, hasta cuando tenía cuentas pendientes. Encantado de encontrar un auxiliar tan poderoso, de Tillet empezó por conseguir de la bella Holandesa que tolerase á Roguin por treinta mil francos al año en vez de los cincuenta mil prometidos.

En fin, después de una cena en que los vinos se habían prodigado con profusión, Roguin descubrió á de Tillet su estado financiero. Pesando sobre sus inmuebles la hipoteca legal de su mujer, su pasión le había conducido á disponer de los depósitos hechos en su casa por sus clientes, habiendo gastado ya cantidades que representaban casi el valor de la notaría. Cuando hubiese devorado el resto, Roguin se suicidaría, creyendo disminuir el horror de la quiebra, imponiendo la compasión pública. De Tillet vió que una fortuna rápida y segura brillaba como un relámpago en aquella noche de borrachera; consoló á Roguin, y le pagó su confianza haciéndole disparar sus pistolas al aire.

— Arriesgándose á todo, le dijo, un hombre de vuestra capacidad no debe conducirse como un es-

túpido y andar á tientas; debe obrar resueltamente.

Le aconsejó que tomase desde luego una importante cantidad, que se la confiase para jugarla con audacia en una oscilación de la Bolsa ó en algún agio elegido entre los mil que se proyectaban por entonces. En caso de ganar, fundarían entre los dos una casa de banca donde sacarían partido de los depósitos, y cuyos beneficios le bastarían para satisfacer su pasión. Si la suerte les era adversa, Roguin iría á vivir al extranjero en vez de suicidarse, porque *su* de Tillet le sería fiel hasta el último ochavo. Esto era una cuerda ofrecida á un hombre que se ahogaba, y Roguin no reparó que el dependiente de perfumista se la echaba al cuello.

Dueño del secreto de Roguin, de Tillet lo utilizó para ejercer á un tiempo su poder sobre la esposa, sobre la querida y sobre el marido. Advertida de un desastre que no podía siquiera sospechar, la señora Roguin aceptó las asiduidades de de Tillet, que salió entonces de casa del perfumista, seguro de su porvenir. No le costó trabajo convencer á la querida de que arriesgase una cantidad con el objeto de no verse obligada jamás á recurrir á la prostitución si le sucedía una desgracia. La esposa arregló sus negocios, reunió pronto un pequeño capital y lo entregó á un hombre de quien su marido se fiaba, porque el notario dió, desde luego, cien mil francos á su cómplice. Hallándose cerca de la señora Roguin, procuró transformar en afecto el interés de aquella encantadora mujer, y hasta supo hacerle sentir una violenta pasión. Sus tres comanditarios

le asignaron, naturalmente, una participación; pero, ambicionando más aún, tuvo la audacia de hacerles jugar á la Bolsa, conviniéndose con otro que hacía la jugada contraria y le devolvía el importe de las supuestas pérdidas, porque él jugaba por sus clientes y por sí mismo. En cuanto dispuso de cincuenta mil francos, adquirió la seguridad de hacer una gran fortuna; con su intuición poderosa apreció las fases por que atravesaba el país: jugó á la baja durante la campaña de Francia, y al alza á la vuelta de los Borbones. Dos meses después de la entrada de Luis XVIII, la señora Roguin tenía doscientos mil francos, y de Tillet trescientos mil. El notario, á cuyos ojos este joven era un ángel, había restablecido la regularidad de sus negocios. La bella Holandesa lo gastaba todo; era víctima de un terrible cáncer llamado Máximo de Trailles, antiguo paje del emperador. De Tillet descubrió el verdadero nombre de aquella mujer, al formalizar un documento. Se llamaba Sarah Gobseck. Preocupado por la coincidencia de este nombre con el de un usurero de quien había oído hablar, fué á casa del viejo prestamista — la providencia de los jóvenes menores de edad, hijos de familias ricas — á fin de saber cómo apreciaba el crédito de la sobrina. El Bruto de los usureros fué implacable con ella, pero de Tillet supó agradecerle, presentándose como banquero de Sarah, que tenía fondos para especular. La naturaleza normanda y la naturaleza usurera se compenetraron. Gobseck necesitaba un hombre joven y hábil para inspeccionar una pequeña operación en el ex-



tranjero. Un auditor del Consejo de Estado, sorprendido por el regreso de los Borbones, había tenido la idea, para conseguir valimiento en la corte, de ir á Alemania á comprar los títulos de las deudas contraídas por los príncipes durante su emigración. Ofrecía los beneficios de este negocio, para él puramente político, á los que le suministrasen los fondos necesarios.

El usurero no quería soltar el dinero sino á medida que se fuesen adquiriendo los créditos y los examinara un avisado representante suyo. Los usureros no se fían de nadie, quieren garantías; para ellos la ocasión es el todo; de hielo cuando no necesitan al hombre, embaucadores y dispuestos á la benevolencia cuando encuentran utilidad en alguno. De Tillet conocía la inmensa importancia que alcanzaban sin ostentación en la plaza de París los Werbrust y Gigonnet, prestamistas del comercio de las calles de San Dionisio y San Martin, y Palma, banquero del arrabal Poissonière, casi siempre ligados á Gobseck por sus negocios. Ofreció, pues, una fianza metálica, conviniendo un interés y exigiendo que estos señores empleasen en su comercio de dinero los fondos que él les entregaría, preparándose de este modo nuevos apoyos; acompañó al señor Chardin de Lupeaulx en un viaje á Alemania durante los Cien Días, y volvió al hacerse la segunda restauración, trayendo una ganancia mayor que su capital. Había sorprendido los secretos de los más hábiles calculadores de París, había conquistado la amistad del hombre del cual era él vigilante, porque

este hábil escamoteador le había descubierto los resortes y la jurisprudencia de la alta política. De Tillet era uno de esos entendimientos á los que basta media palabra para penetrarlo todo, y acabó de perfeccionarse con su viaje. Cuando volvió, la señora Roguin le aguardaba fielmente. En cuanto al pobre notario, esperaba á Fernando con tanta impaciencia como su mujer; la bella holandesa le había arruinado de nuevo. De Tillet interrogó á la bella holandesa, y no encontró que los gastos fuesen iguales á las sumas disipadas, descubriendo entonces el secreto que Sarah Gobseck le había ocultado tan cuidadosamente, su loca pasión por Máximo Trailles, cuyos primeros pasos en la carrera de vicios y de relajación anunciaban lo que fué, uno de esos bribones políticos necesarios á todo buen gobierno, y á quien el juego hacía insaciable. Hecho este descubrimiento, de Tillet comprendió la indiferencia de Gobseck para su sobrina. En estas circunstancias, el banquero novel, porque ya era banquero, aconsejó con vehemencia á Roguin que se previniera para lo sucesivo, embarcando á sus clientes, los más ricos, en un negocio donde podría ganar importantes cantidades. Después de *alzas* y *bajas*, aprovechables solamente para de Tillet y la señora Roguin, el notario vió al cabo llegada la hora de su derrota. Su agonía fué aprovechada entonces por su mejor amigo. De Tillet inventó el negocio de los terrenos situados alrededor de la Magdalena. Naturalmente, los cien mil francos depositados por Birotteau en casa de Roguin esperando una in-

versión fueron remitidos á Fernando, quien, deseando arruinar al perfumista, hizo comprender á Roguin que corría menos riesgo pescando en sus redes á sus amigos íntimos.

— Un amigo, le dijo, conserva miramientos hasta en sus cóleras.

Pocas personas conocen hoy el escaso valor que representaba entonces un terreno alrededor de la Magdalena; pero aquellos terrenos alcanzarían, al ser solicitados, un precio momentáneo mayor del suyo verdadero, pues los propietarios aprovecharían la ocasión. De Tillet quería ponerse en condiciones de percibir los beneficios sin soportar las molestias de una especulación á largo plazo. En otros términos, su plan consistía en matar el negocio para adjudicarse un cadáver que luego haría revivir. En circunstancias parecidas, los Gobseck, los Palma, los Werbrust y Gigonnet se ayudaban mutuamente; pero de Tillet no tenía bastante intimidación con ellos para pedirles ayuda; por otra parte, deseaba dirigir aquel negocio sin que se adivinase que ponía la mano en él, para poder recoger los beneficios del robo sin tener que sufrir sus vergüenzas; sintió, pues, la necesidad de procurarse uno de esos maniqués vivientes, llamados en lenguaje comercial *testaferros*. Su contrincante supuesto de la Bolsa le pareció muy á propósito para ese oficio, y usurpó los derechos divinos creando un hombre. De un antiguo comisio- nista, sin capital ni inteligencia, pero capaz de hablar indefinidamente de toda clase de asuntos, no diciendo nada, de un hombre que sabía aprender

su papel y representarlo sin comprometer la obra, poseyendo la más rara cualidad, es decir, sabiendo guardar un secreto, y dejándose deshonrar en beneficio de su cómplice, de Tillet hizo un banquero que establecía y dirigía las más grandes empresas, el jefe de la casa Claparon. El destino de Carlos Claparon era ser entregado un día á los judíos y fariseos, si los negocios emprendidos por de Tillet exigían una quiebra, y Claparon lo sabía. Pero para un pobre diablo que se paseaba melancólicamente por los bulevares con un porvenir de dos francos en el bolsillo cuando su camarada de Tillet le encontró, las pequeñas participaciones que debían dársele en cada negocio fueron un paraíso. Así, su amistad, su abnegación por de Tillet, corroboradas por un agradecimiento irreflexivo, excitadas por las necesidades de una vida libertina y despilfarradora, le hicieron decir amén á todo. Además, después de haber vendido su honor, lo vió arriesgar con tanta prudencia, que concluyó por ligarse á su antiguo camarada como un perro á su amo. Claparon estaba siempre dispuesto al sacrificio. En aquella combinación debía representar á la mitad de los compradores de los terrenos, como César Birotteau representaba á la otra mitad. Los pagarés que Claparon recibiría de Birotteau serían descontados por uno de los usureros de quien de Tillet podía tomar el nombre para precipitar á Birotteau en los abismos de una quiebra cuando Roguin se alzara con los fondos. Los síndicos de la quiebra obrarían según las inspiraciones de Tillet, quien, poseedor del dinero dado por el